

# CENTENARIO

## DE LA MUERTE DEL ALMIRANTE

### DON MANUEL BLANCO ENCALADA

Por

Rodrigo FUENZALIDA Bade  
Capitán de navío (R), Armada de Chile  
Academia Chilena de la Historia



4 AN PASADO cien años, con precisión el 5 de septiembre, desde que murió en la paz de los justos quien en vida y gloria se llamó Manuel Blanco Encalada y fuera el primer almirante que tuviera Chile, así como el primer Presidente de la República con ese título.

Blanco Encalada nació en Buenos Aires el 21 de abril de 1790. Sus padres, ambos de noble estirpe, fueron el oidor don Manuel Lorenzo Blanco Cicerón y la ilustre doña Mercedes Calvo de Encalada y Recabarren.

Don Lorenzo era oriundo de Galicia y según don Miguel Luis Amunátegui, descendía de uno de los cuatro primeros condes de Castilla mandados degollar por el rey de León don Ordoño II, porque se querían levantar por reyes. Fue trasladado a Chile para servir el cargo de fiscal en la Real Audiencia y contrajo matrimonio en Santiago, el 7 de agosto de 1779, con la mayor de las hijas del marqués de Villapalma y Saudín, quien poseía en Chile cuantiosos bienes y cuyo mayorazgo estaba en Sevilla.

Como en aquella época España vivía recelosa y fiel guardadora de la integridad de sus colonias, prohibía a sus agen-

tes superiores, como una medida de mayor fidelidad al reino, contraer matrimonio con mujeres residentes en su jurisdicción. El oidor Blanco, tras poderosas influencias obtuvo este permiso, que le fue concedido por real cédula del 24 de marzo de 1779 y por la cual se le destinaba simultáneamente a la Audiencia de Charcas.

Del matrimonio de don Lorenzo Blanco y doña Mercedes de Encalada nacieron cuatro hijos: Ventura, Carmen Ana, Carmen Rafaela y Manuel; este último quedó huérfano de padre a los 7 meses y días, en Buenos Aires, a cuya Audiencia había sido trasladado don Lorenzo muy poco tiempo antes.

El hecho de que el niño Manuel no haya virtualmente conocido a su padre, por cuya memoria siempre tuvo extrema veneración, hizo que sus más tiernos afectos los vaciase hacia su madre, a cuya vida se consagró por entero. Este gran cariño tuvo un efecto trascendente en su vida, pues dadas las circunstancias que rodearon su cuna —nacido en Buenos Aires, siendo su padre español y su madre chilena— pudo adoptar como su patria la nación que le ofreciese mejor porvenir. Sin embargo, no por ambición de un futuro más beneficioso, sino por ser la patria de su madre, no titubeó ni un instante en aceptar a Chile como la suya, a la que sirvió como el más amante de sus hijos.

El niño Manuel fue bautizado en la capilla de la Compañía de Jesús en Buenos Aires y siempre que relataba las amarguras de su vida, solía exclamar con ironía: "Mi mayor defecto no es mi sordera, sino el no haber sido bautizado en la Catedral de Santiago".

Aprendió sus primeras letras en una escuela primaria bonaerense dirigida por un español de apellido Argerin. Su madre viuda, doña Mercedes, dama instruida, inteligente, acostumbrada al lujo, a la opulencia, y sin la ayuda de su finado marido, había ya enviado a su hijo Ventura a España, donde su hermano, el noble y rico marqués de Villapalma, don Manuel Calvo de Encalada y Recabarren, quedándose en Buenos Aires con sus demás hijos y en espera que a su tiempo el menor de ellos pudiera seguir a su hermano. Cuando el niño Manuel cumplió los doce años, doña Mercedes decidió darle una educación esmerada, la cual no podría re-

cibir en un continente americano atrasado en muchos años con respecto a los cultos europeos, por cuanto la propia España se encargaba de evitar que en América se lograra obtener un progreso intelectual capaz de ponerse al mismo tono que la vieja Europa. Aprovechó entonces la inteligente dama la circunstancia de la partida a la metrópoli del oidor Matta Linares, que iba a la Península como Consejero de Indias y la del oidor Lastarria —abuelo de don José Victorino— que tomaría la Audiencia de Sevilla, para hacer el sacrificio de separarse de su hijo y enviarlo a España a casa de su hermano.

El viaje lo hizo el joven Manuel en 1803 en la nave "San Francisco de Paula", hasta La Coruña, donde se alojó en casa del almirante Bustamante, quien poco más tarde defendería gloriosamente las fragatas de Cádiz contra los ingleses. La navegación impresionó mucho al joven Manuel y desde entonces cobró gran afinidad por cuanto se relacionase con el mar.

De La Coruña partió a Sevilla a casa del marqués, su tío materno, de quien recibió cuidados solícitos y gracias a su influencia y título, pudo matricularse en el Seminario de Nobles de Madrid, que en aquel entonces era el mejor colegio de España. En 1805 pasó a la Academia de Marineros de la isla de León, obedeciendo a su vocación. En 1807 ya estaba incorporado a la Marina española, como alférez, a bordo de la fragata "Carmen", donde tenía a su cargo un mortero con el cual se adiestró como artillero. Su bautismo de fuego fue el combate naval contra la escuadra francesa que bloqueó Cádiz en marzo de 1808, conduciéndose con singular bravura, valiéndole ello el ascenso a alférez efectivo de fragata.

Ese mismo año consiguió ser destinado al apostadero naval de El Callao, a las órdenes de su primo hermano, el brigadier de ingenieros y Comandante General de Marina, don Joaquín de Molina. El viaje desde España a Sudamérica lo realizó en la fragata "Flora", con rumbo hacia Buenos Aires, desde donde el joven Manuel Blanco cruzó las pampas y cordillera para visitar Santiago y Valparaíso en Chile, y de allí seguir al Perú.

Cuando en 1810 estalló el movimiento emancipador en el Plata y luego en Chile, Blanco Encalada llevaba sólo dos años

de servicios en El Callao. El cazarro y receloso virrey Abascal, que conocía muy bien las actitudes revolucionarias de los parientes de este joven oficial, fingió una comisión y lo envió nuevamente a España, para liberarlo de un contagio que juzgaba sería irremediable.

La verdad era que al joven Blanco Encalada se le alejaba no con propósitos militares, sino como un proscrito, como un desterrado, para que no se volviera contra la causa realista. Esto lo comprendió claramente Blanco Encalada y moviendo influencias consiguió ser enviado a Montevideo, embarcado como oficial en la fragata "Paloma", que venía a reforzar las fuerzas españolas al servicio del general Elío. Ello ocurrió en 1811. El jefe peninsular quiso probar desde luego el grado de americanismo del joven alférez y su verdadera inclinación a la Corona y en dos oportunidades le ordenó comisiones hostiles contra los patriotas de Buenos Aires, que Blanco simplemente rehusó cumplir, alegando sus relaciones familiares con los revolucionarios del Plata. Por cierto que las sospechas renacieron y se decidió volverlo a España.

Habiendo sido advertido a tiempo de los propósitos indicados, que atentaban contra su libertad, por ciertas damas de la alta sociedad de Montevideo, doña Margarita Viana y la señorita Pepita Uribe, quienes le proporcionaron los elementos necesarios para la fuga, el joven Blanco escapó a Buenos Aires. Anduvo errante durante dos o tres semanas por valles, bosques y llanos, siempre ocultándose. Cruzó los ríos Paraguay y Uruguay y después de recorrer 80 leguas, llegó a la capilla de Mercedes, donde halló acampado al ejército de Buenos Aires, siendo acogido entusiastamente por los generales Viana y Soler. Atraído por el cariño de su tío Martín Calvo de Encalada, quien lo había hecho nombrar capitán de artillería en 1811, tomó el camino de Chile a principios de 1813, llegando a Santiago cuando acababa de recibirse la noticia del desembarco de Pareja en Talcahuano. De inmediato se incorporó al ejército patriota.

El general don José Miguel Carrera lo destinó al arma de artillería y a la construcción y reparación de cañones y armamento. En el curso del gobierno carrerino, Blanco Encalada organizó la primera maestranza y el primer taller de armas

que tuvo el país. Allí se fabricaron y compusieron numerosos armamentos empleados en la guerra de la independencia. En 1814 ya era teniente coronel y se vio envuelto en las diferencias de los caudillos patriotas, y como su tío y todos los "pelucones" de Santiago, se pronunció contra los hermanos Carrera.

Por esta razón el gobierno revolucionario le confió el mando de una división encargada de reconquistar Talca, siendo investido con las atribuciones de un general, teniendo sólo 24 años. Su expedición no tuvo éxito y regresó burlado y derrotado por la astucia de un guerrillero español de Lontué, Angel Calvo, a quien más tarde San Martín hizo fusilar en Maipú.

Al volver a Santiago, Blanco Encalada pidió ser juzgado por un consejo de guerra, pero ello no fue necesario en virtud de su probada integridad y valentía.

El desastre de Rancagua lo obligó a emigrar a Mendoza, pero una partida realista en Santa Rosa de los Andes lo detuvo y apresó, siendo conducido ante la presencia del general Osorio, quien lo amenazó con fusilarlo por su desertión de Montevideo, que conocía desde Lima; pero, quizás si por su juventud, prefirió condenarlo a destierro y prisión de 5 años en el presidio político de Juan Fernández, un lugar que durante la reconquista española fue de horrendo suplicio, de ostracismo cruel e inhumano, donde el tratado a los patriotas sólo podía compararse a aquel que imponía la Inquisición a sus víctimas.

En este triste presidio purgó el generoso capitán chileno de adopción su gran patriotismo durante dos años y medio. Un día de marzo de 1817, Blanco Encalada vio en el horizonte lejano las velas de un bergantín. Ese era el "Aguila", capturado a los españoles en Valparaíso, que iba a la isla a rescatar a esos infelices confinados, llevándoles, al mismo tiempo, la grata noticia de la victoria de Chacabuco.

Al regresar a la patria libre, Blanco Encalada se incorporó el 1º de julio de 1817 como sargento mayor de artillería en el ejército chileno y no en el argentino, como lo observa claramente don Benjamín Vicuña Mackenna. Se hizo cargo de doce piezas de artillería y al frente de su batería pudo salvar, en parte, de un colapso completo, al ejército unido en la acción de Cancha Rayada.

Después, en la decisiva batalla de Maipú, el comandante de artillería Manuel Blanco Encalada hizo prodigios con sus cañones, a las órdenes del general Las Heras. Fue tal la destreza de Blanco que el general español Ordóñez, al caer prisionero, preguntó por el jefe europeo que había manejado con tanta habilidad la artillería. Unos días después de aquel célebre 5 de abril de 1818, Blanco, el día 14, era nombrado teniente coronel efectivo de su arma.

Pero Maipú no era la solución definitiva de la Independencia, pues en cualquier momento podría llegar una nueva expedición castellana a recuperar lo perdido.

Ya desde Chacabuco el gobierno de O'Higgins y su infatigable ministro Zenteno se preocuparon activamente en preparar una escuadra para obtener el dominio del mar y llegar al Perú, al corazón del virreinato, y allí derrotar definitivamente al adversario.

Pero Chile no estaba en absoluto capacitado para formar tal escuadra. No había ni hombres aptos para navegar ni menos para pelear en el mar y no se contaba con buques de guerra. Los buques de propietarios chilenos eran ínfimos. De tal modo, fue preciso buscar otros medios en el extranjero y en especial en Inglaterra y Estados Unidos. Tampoco podrían construirse en Chile, pues la capacidad de los astilleros de Nueva Bilbao (Constitución) no daba más que para lanchones.

Faltaba de todo: anclas, cadenas, instrumental de navegación. Sólo se hacían jarcias, mas no así las velas. No había cartas geográficas ni derroteros.

Y, más que eso, faltaba el dinero. La guerra había arruinado al país. El hacer de la nada una escuadra era un milagro y ese milagro lo hicieron O'Higgins y sus hombres, entre quienes se contaron Zenteno y Blanco Encalada.

Se envió a don Hermenegildo Aguirre a los Estados Unidos, a don Antonio Alvarez Condarco a Europa y a don Miguel Zañartu a Buenos Aires a obtener buques y poco a poco fueron éstos llegando.

El 28 de junio de 1818 se nombró a Blanco Encalada, con el grado de capitán de marina de primera clase, como Comandante General interino del Departamento de Marina, con sede en Valparaíso

y se le encargó también que organizara una Academia de Guardiamarinas, para formar oficiales chilenos.

Se le encargó además la recluta de marinos ingleses y norteamericanos ofreciéndoles cuatro veces más paga que a los chilenos y se terminó con las patentes de corso. Para completar las tripulaciones, muy numerosas en los buques a la vela, se recurrió a la leva forzosa. El alma de esta dura labor fue Blanco Encalada. Se creó un batallón de Infantería de Marina y una brigada de artilleros de mar. La Marina comenzó a formarse.

Cuando se supo en Chile la partida de un convoy con tropas que venía de Cádiz escoltado por la "María Isabel", ya se contaba en el país con el navío "San Martín", la fragata "Lautaro", la corbeta "Chacabuco" y los bergantines "Araucano" y "Pueyrredón", este último el mismo "Aguila" que retiró de las mazmorras de Juan Fernández a los connotados patriotas allí confinados.

Blanco Encalada, siendo Comandante General interino de Marina, pidió al gobierno el mando de la "Chacabuco", dejando en tierra, en su cargo, al capitán de corbeta Juan José Tortel. El gobierno, en cambio, le dio el mando de toda la escuadra, mientras no llegara de Europa Lord Thomas Cochrane, contratado por Alvarez Condarco para este cargo.

No es necesario detenerse en detalles ya muy conocidos respecto del zarpe de la Primera Escuadra Nacional y de la captura de la "María Isabel" en Talcahuano.

El hecho es que Blanco en un documento público había expresado: "Es preciso que la Marina chilena señale la época de su nacimiento por la de su gloria". Y esto fue cumplido cabalmente. La fragata "María Isabel" y gran parte de los transportes fueron capturados y quedó desbaratada la expedición española a las costas de Chile. Blanco también había ofrecido a O'Higgins la espada del jefe de la expedición peninsular e igualmente lo cumplió.

El 26 de noviembre de 1818, en el pináculo de su gloria, después de la captura de la "Reina María Isabel" un mes atrás, Blanco Encalada, de 28 años, se casó con doña María del Carmen Gana López, de sólo trece años de edad y de una belleza deslumbrante.

La reciente acción naval de Blanco, coronada por el éxito y sólo con una falla marinera que afortunadamente no tuvo trascendencia, que fue la falta de pericia al salir de Talcahuano con el navío "San Martín", produjo en el ánimo de los creadores de la escuadra y de la ciudadanía en general una situación si se quiere de confusión o duda sobre quién debería ser el comandante en jefe de la fuerza naval: si el hombre que se había destacado por su reciente triunfo o el vicealmirante Cochrane, que venía a Chile llamado por un compromiso formal y con el cual había que cumplir la palabra empeñada.

Hay versiones de que Irisarri manifestó que sólo la obstinación de San Martín dio lugar al nombramiento de Cochrane; pero, cualesquiera que hayan sido la opiniones, había una situación de difícil solución. Fue el propio Blanco, quien, pasando por sobre su amor propio, consintió en ser el segundo de Cochrane, no obstante haber sido el fundador de la Marina, porque consideró al vicealmirante escocés con una experiencia mucho mayor que la suya, en vista de la justa fama de que venía precedido. Para él primó el amor al país elegido como su patria antes que un problema de mando de una fuerza. Y ello lo ennoblece.

El 28 de noviembre de 1818 llegaba a Valparaíso la nave mercante "Rose", donde venía el célebre vicealmirante Lord Thomas Alexander Cochrane con su esposa y familia y algunos oficiales especialmente por él escogidos para integrar la incipiente escuadra chilena. Blanco, adoptando la resolución que hemos señalado, se presentó a Cochrane para que dispusiera de él y sus oficiales. El propio Cochrane lo consigna así en sus Memorias: "El almirante Blanco me cedió con liberalidad patriótica su puesto, bien que su reciente acción heroica le diese derecho a conservarlo, haciéndome además el obsequio de anunciar en persona a las tripulaciones de buques el cambio que acababa de efectuarse".

El 11 de diciembre de 1818, el gobierno, de acuerdo con el Senado, confirió el mando de la escuadra a Cochrane, quedando como segundo jefe de ella Blanco, con el título de contraalmirante.

El 25 de diciembre Cochrane enarboló su insignia en la fragata "O'Higgins" (ex

"María Isabel") y de inmediato comenzó el alistamiento de la escuadra para la expedición que debía ir a destruir el poder realista del Perú y asegurar así la libertad de América. El plan era bloquear El Callao y cortar con ello las líneas de comunicaciones marítimas que abastecían directamente al virrey en Lima. Para ello la fuerza naval se organizó en dos divisiones: una, compuesta por el navío "San Martín", las fragatas "O'Higgins" y "Lautaro" y la corbeta "Chacabuco", directamente al mando de Lord Cochrane, la cual se hizo a la vela el 14 de enero de 1819. La segunda división, mandada por Blanco, compuesta del "Galvarino", el "Pueyrredón" (nombre que tomó el bergantín "Aguila") y el "Araucano", debía partir cuando llegaran los demás buques comprados en la Argentina.

El comandante de la "Lautaro", Wooster, en el momento de dar la vela, se presentó a Cochrane diciendo que no podía hacerlo porque había descontento en su tripulación por no haber sido pagada y no tener vestuario suficiente. Al contestarle Cochrane que tomare cuanto quisiese de la "O'Higgins", Wooster se molestó y dimitió su cargo, el cual le fue dado a Martín Jorge Guise, quien, a su vez, fue también desobedecido por la tripulación.

Ante esta franca demostración de indisciplina, el contraalmirante Blanco Encalada, no acatando los consejos de sus amigos, mirando solamente el cumplimiento del deber, se presentó acompañado de su mayor de órdenes en el buque sublevado, separó tres soldados de marina y un marinero y los hizo sortear para que fuese uno de ellos fusilado y el resto azotados. Esto surtió efecto y el personal pidió clemencia, que Blanco acogió. Era tal su prestigio que nadie se atrevió a prolongar la embarazosa situación y la "Lautaro" zarpó a reunirse con el resto de las naves de Cochrane.

No hablaremos de la sublevación de la "Chacabuco", por los mismos motivos que la anterior y pronosticados por Blanco al gobierno, por no haber éste intervenido en los hechos; pero todo esto señala las condiciones en que se hallaba la bisoña escuadra patriota que pretendía ganarle a España el dominio del Pacífico.

Sólo el 17 de marzo Blanco se hace a la vela con el "Galvarino" y el "Pueyrredón" a reunirse con Cochrane en Hua-

cho. Con tal refuerzo, Cochrane mandó al "Pueyrredón" a relevar a la "Chacabuco" para que ésta pudiese hacer aguada en Huacho y dispuso que Blanco, con su insignia ahora en el "San Martín", una vez todos los buques aprovisionados, se dirigiese a El Callao a bloquear, mientras él iría a Supe por un período de diez a quince días.

Pero se dio el caso que Cochrane demoró su regreso y los buques de Blanco quedaron escasos de víveres, dejándolo en una difícil situación, pues en esas condiciones no podía sostener por mucho tiempo el bloqueo de El Callao.

En estas circunstancias, no pudiendo obtener víveres, reunió a bordo del "San Martín" a los comandantes y con su acuerdo despachó a la "Chacabuco" en busca del "Pueyrredón", que había dejado en Chorrillos y con órdenes de dirigirse a Coquimbo. El, por su parte, zarpó con el "San Martín" y la "Lautaro" a Valparaíso, llegando allá el 25 de mayo de 1819.

Al saberse el abandono del bloqueo de El Callao, cayó sobre la cabeza de Blanco un rayo que procuró mermar su bien ganado prestigio. Se olvidaron sus antiguos servicios, sus enormes sacrificios y se le hizo objeto de toda clase de improprios, condenándose su proceder, y el propio gobierno, juzgando su conducta sin mayores antecedentes y sólo por las apariencias, puso en el parte en que Blanco daba cuenta de su regreso, esta orden terminante e impropia para un contraalmirante de su calidad y héroe nacional después de la captura de la "María Isabel": "Contéstese al oficiante que mientras en un Consejo de Guerra se examine su conducta relativamente a haber alzado el bloqueo, permanezca arrestado en su casa. Zenteno".

Blanco hubo de esperar el momento de la vindicación y sufrió estoicamente y resignado la ingratitud, en el convencimiento de que el Consejo de Guerra lo exoneraría de todo cargo.

Explicó claramente a O'Higgins las razones que lo obligaron a abandonar el bloqueo y dio, además, a luz un opúsculo titulado: "Justificación que presenta a su patria el contraalmirante de la Escuadra Nacional de Chile, don Manuel Blanco Encalada", en el cual refuta en forma

clara y brillante los cargos formulados y muestra documentalente cómo se desarrollaron los hechos.

El 22 de julio de 1819 se reunió en Valparaíso el Consejo de Guerra, presidido por Lord Cochrane y formado por los coroneles Mariano Larrazábal, Joaquín Prieto, Pedro Conde y Luis de la Cruz, que oyeron al fiscal, capitán de fragata don Juan José Tortel y al auditor don Antonio Alvarez Jonte, dictándose una sentencia absolutoria franca y completa. El mismo Cochrane, que inicialmente se sintió molesto por el abandono del bloqueo de El Callao por Blanco, expresó: "Soy de opinión que el contraalmirante Blanco, habiendo dejado el bloqueo de El Callao, no hizo sino ejercer el poder discrecional de que estaba revestido para obrar según su libre y mejor juicio, no pudiéndose, en consecuencia, hacerle reproche o cargo legítimo en la materia".

El gobierno dio su visto bueno al fallo absolutorio y confirmó a Blanco como el segundo de Cochrane en la próxima expedición que se haría al Perú.

Esta nueva expedición se hacía a la mar el 12 de septiembre de 1819 y enarbolaba su insignia de segundo el contraalmirante Blanco Encalada en el navío "San Martín", comandado por el capitán de navío Guillermo Wilkinson. El resultado no fue favorable a la escuadra de Cochrane, pues le fallaron los famosos cohetes Congrève que tanto éxito obtuvieron en Aix, pero pudo terminar con la captura de las fragatas "Aguila" y "Begoña". Blanco regresó a Valparaíso el 23 de noviembre, desde Santa con el "San Martín", la fragata "Independencia" y el transporte "Jerezana", una de las tantas presas de Cochrane, convertido en buque hospital. A ellos se les reunió el bergantín "Araucano", mientras Cochrane seguía, con la "Lautaro", el "Galvarino" y el "Pueyrredón" en persecución de la "Prueba", que se decía se hallaba en Guayaquil.

En la tercera expedición al Perú Blanco no tomó parte, pues por decreto del 7 de junio de 1820 había sido trasladado al Ejército, como Jefe interino del Estado Mayor y Comandante General de Armas de Santiago. Además, con fecha 7 de septiembre de ese mismo año, el Senado

háblele conferido el alto honor de darle la investidura de Mariscal de Campo. El traslado de Blanco al Ejército fue a su propia solicitud. Aun cuando en los documentos de la época no se encuentra ningún motivo para inducirlo a tomar esa decisión, que sin duda envolvía algún motivo de resentimiento con Cochrane, es de presumir que ello fue debido a algún hecho que haya lastimado su dignidad de militar y de patriota. Cochrane siempre daba a los marinos extranjeros, especialmente a aquellos que habían venido con él y que le eran absolutamente leales, las funciones más importantes y las empresas de más riesgo, y a Blanco, el segundo jefe de la escuadra, lo había comisionado para regresar a Valparaíso como conductor de enfermos. A ello se sumaba que en la próxima expedición al Perú la escuadra operaría con un solo jefe. Todo ello influyó para que Blanco solicitara su traslado al Ejército, en defensa de su propia dignidad.

Había comprado en Santiago, en la calle Huérfanos, una casa donde vivía con su familia. Su alta investidura, su indudable simpatía y su gloria reconocida, hacían que su hogar fuese un centro muy frecuentado por la sociedad de la época.

Su propia naturaleza activa y patriota lo hizo concebir la idea de resucitar la Sociedad de Amigos del País, fundada en 1813 con propósitos de promover el adelanto local y con fines de beneficencia. A aquella Sociedad había pertenecido la gente de más prestigio de aquel entonces, pero, ante los acontecimientos militares posteriores, dejó de funcionar. El 1º de marzo de 1821 tuvo lugar en casa de Blanco la primera reunión de la renacida Sociedad. Asistieron a ella los señores José María Rosas, Manuel de Salas, José Miguel León de la Barra, Bernardo de Vera, José Ignacio Zenteno, José Gregorio Argomedo, Juan Egaña, Francisco García Huidobro, Francisco de la Lastra, A. J. Warwel y el sargento mayor de artillería don Francisco Díaz, quien fuera el primer director de la Academia de Guardiamarinas, cuando ésta fue fundada.

Allí se discutieron los problemas nacionales a nivel superior: que era necesario inspirar gradualmente el amor a las ciencias, proteger las artes, velar por la educación, establecer instituciones piadosas y todo cuanto fuera en beneficio de la prosperidad nacional, proponiéndose for-

mar una sociedad de fines filantrópicos. Se levantó un acta que fue enviada al Director Supremo para su sanción. Este, a su vez, solicitó el acuerdo del Senado, el cual el 12 de marzo le prestó su asentimiento unánime.

Según Vicuña Mackenna, "los primeros meses de existencia de la Sociedad fueron de fructífera labor, pues recomendó mejorar el servicio hospitalario, deficiente a la sazón, y costó de su peculio la lúgubre reja que permitía a los presos de la cárcel pública hablar con sus deudos desde la calle y divisar un rincón de la alegre plaza que en un tiempo se llamó de la Libertad, teniendo la cárcel en un ángulo y la horca frente a frente. . .".

Pero los acontecimientos políticos que reinaban eran de efervescencia y agitación: O'Higgins ejercía un poder dictatorial, política errónea que levantó una gran resistencia y que sería la causa de su caída. Al respecto, Domingo Amunátegui Solar dice: "Podían ser muy buenas las intenciones y mejores las obras del vencedor de Chacabuco, pero sus conciudadanos creían tener derecho a intervenir en el gobierno de la patria, cuya gloria y felicidad había sido anhelo de todos".

Decididamente declinaba el prestigio del gran prócer y sus propios amigos de épocas no muy lejanas se apartaban de su lado para acercarse a la oposición. Esto hacía que el Director Supremo viviese receloso de las personas, temeroso de una conspiración y que espíase constantemente sus actos. El propio ministerio se hallaba dividido en dos corrientes, una representada por José Antonio Rodríguez Aldea, Ministro de Hacienda, y la otra por José Ignacio Zenteno, Ministro de Guerra y Marina. Blanco, como era neutral, participaba del modo de pensar de Zenteno, a quien lo unía gran amistad personal y parentesco (la esposa de Zenteno era prima hermana de la esposa de Blanco) y además Zenteno era de una lealtad inalterable a San Martín, quien lo hizo Ministro —de allí que surgieran dificultades entre Blanco y Cochrane, por cuanto sabemos que las relaciones de este último con San Martín no eran precisamente muy afines— situación que era sobradamente conocida por Rodríguez, quien no perdía oportunidad para aminorar el buen concepto de que gozaba Blanco en el Director Supremo O'Higgins.

Muy pronto Blanco fue víctima de uno de esos hechos que retratan la época. Fue en su casa en una reunión de la Sociedad de Amigos del País. Blanco dijo en la conversación algunas frases de censura contra la indolencia del gobierno. Ninguna de ellas era subversiva del orden público sino solamente un modo de pensar y sin embargo dieron lugar a un bullicioso proceso.

Por boca de Rodríguez Aldea llegaron las palabras de Blanco a O'Higgins en el sentido que el Mariscal de Campo tramaba una conspiración contra el gobierno. Naturalmente se hizo un proceso y Blanco fue arrestado. Durante el proceso se desprendió la falacia de la acusación y después de largos alegatos, el Tribunal Militar, con un servilismo abismante, condenó a Blanco a la pena de extrañamiento y suspensión de empleos. La causa no se vio en segunda instancia, pues O'Higgins mandó recoger el proceso, pero, sin embargo, cuando llegó a Santiago la noticia de la ocupación de Lima por el Ejército Unido en julio de 1821, el Director Supremo hizo venir a Palacio a Blanco y abrazándolo, lo absolvió diciendo: "¡Todo queda olvidado entre nosotros!".

El 3 de septiembre de 1821 se le refrendó el despacho de contraalmirante, dándosele de baja en el Ejército y como el Consejo de Guerra lo había condenado a no residir en Chile, se le envió a cargo de la expedición que debía socorrer a Bolívar.

Desde que San Martín ocupó Lima, se preocupó de formar una escuadra propia, la peruana. Blanco fue puesto a las órdenes del Protector, quien lo nombró vicealmirante, encargándole su formación.

Creada y organizada ésta, Blanco estableció el bloqueo de los puertos de Intermedios. Llegó a Guayaquil con las fragatas "Protectora" y "Venganza" (que tanto persiguiera Cochrane) y desde allí escribe a O'Higgins dándole a conocer que Bolívar, según su opinión, era más ambicioso de lo que aparentaba, así como que tenía instrucciones de conducir la expedición a Intermedios.

No teniendo enemigos que combatir, volvió a Guayaquil, desde donde llevó la expedición a El Callao, mandada por el general Alvarado. El Presidente del Perú, Riva Agüero, nombró a Blanco Mi-

nistro Plenipotenciario del Perú ante el gobierno de Buenos Aires para recabar ayuda de ese país para atacar al ejército español del Alto Perú. No obteniendo resultados favorables, regresó a Chile, a mediados de 1823. En enero de 1824 escribía a Bolívar dándole cuenta de su fracaso en la Argentina, así como su regreso a Chile y su designación como jefe de su escuadra, considerando que sus servicios ya no eran necesarios en la escuadra peruana, pudiendo ser reemplazado por otro.

No obstante, Freire, en cumplimiento de compromisos contraídos, quiso auxiliar al Perú y puso nuevamente a Blanco a disposición del libertador de Colombia. Cuando partió con la escuadra chilena y llegó a Quilca, Blanco se impuso del célebre triunfo de Ayacucho. Despachó a la "Chacabuco" a Chile dando cuenta del hecho y partió a Chancay a ponerse a las órdenes del Libertador, para ayudar a reducir la plaza de El Callao, donde aún se mantenía en porfiada resistencia el general español José Ramón Rodil. Pero sólo logró algunos canjes de prisioneros y después de diez meses enfrente de El Callao y no habiendo necesidad que las fuerzas chilenas operasen en el Perú, de acuerdo con las autoridades de ese país, Blanco volvió a Chile, con el propósito de expedicionar contra Chiloé.

Esta fue la campaña final de Blanco en la guerra de la Independencia. Llevando a las fuerzas de Freire en su escuadra, se distinguió por su valor al entrar a Ancud en el "Águiles", bajo las baterías que defendían la bahía. El buque perdió sus paños, acribillado a balazos, pero él ni siquiera sacó en la brillante acción el más mínimo rasguño. Apoyó con sus lanchas las fuerzas de Freire y pronto se rendían las fortalezas. Quintanilla acordaba con Freire una honrosa capitulación. La guerra de la Independencia estaba concluida.

A su regreso de la campaña, estando ya terminada la gestión de Freire como Director Supremo, el Congreso eligió a Blanco Encalada Presidente de la República en julio de 1826. Pero el mismo Congreso que lo proclamó no le prestó el concurso necesario y dos meses después se vio en la obligación de renunciar a la Primera Magistratura, alejándose de la política.

En ese período de desorganización y de tristes discusiones que agitaron al país en 1827 y 1828, Blanco se mantuvo gran parte del tiempo en una chacra en los alrededores de Santiago, llamada "El Conventillo" y entre los adelantos que hizo en su propiedad fue el haber abierto una avenida, que llamó "De los Monos", actualmente la Avenida Matta. El único puesto que Blanco desempeñó en este período fue el de Comandante General de Armas de Santiago, conferido por el gobierno el 31 de enero de 1827. En la revolución de 1829, Blanco no apoyó ni a Freire ni a Prieto. Se llega así al año 1837, en que comienza a oscurecerse el horizonte internacional con motivo de la Confederación Perú-Boliviana. Llega la ruptura y al decidir el gobierno el envío de la expedición restauradora del Perú para combatir al mariscal Santa Cruz, se nombra a Blanco Encalada Comandante en Jefe del Ejército. El motín de Quillota y el alevoso asesinato de Portales en el Barón, obligan a Blanco Encalada a presentar enérgica resistencia en Valparaíso, logrando desbaratar el movimiento sedicioso, volviendo la paz al país.

Blanco partió al Perú y llegó a Arica. Engañado por la ayuda que habría de recibir, se internó hacia Arequipa, dejando a su ejército en medio de grandes arenas, sin el apoyo logístico apropiado y lejos de la ayuda de la escuadra. En tal forma, Santa Cruz lo rodeó con 6.000 de sus mejores hombres. Blanco estaba perdido y después de consultar a un consejo de oficiales, celebró con Santa Cruz el tratado de Paucarpata, con el cual salvó a su ejército, pero fue desaprobado por el gobierno de Prieto y el pueblo chileno. Al regresar a Chile, Blanco fue sometido a un Consejo de Guerra y el Tribunal Militar lo absolvió.

No obstante haber sido liberado de todo cargo, Blanco, amargado, se retiró estrictamente a su vida privada y se dedicó a tareas agrícolas. Adquirió una hacienda en Chimbarongo, mejorando así en gran parte su situación económica. En el año 1844, después de haber obtenido su retiro temporal de todo puesto público (21 de febrero) se dirigió con su familia a Europa, para regresar en 1846. A su vuelta, el gobierno del general Bulnes, conociendo las cualidades extraordinarias de refinamiento de Blanco, lo nombró, el

26 de mayo de 1847, Intendente de Valparaíso y el 1º de julio, Comandante General de Marina. Como Intendente, Blanco hizo prosperar al puerto en forma extraordinaria: pavimentó con ayuda de la Municipalidad, casi toda la ciudad y las calles Victoria, Maipú, Chacabuco y Yungay de lodazales fueron convertidas en magníficas vías. Abrió también una calle a la que la gratitud nacional le puso Blanco Encalada. Canalizó el estero del Barón, edificó la cárcel, inauguró el hospicio y celebró los primeros contratos para el alumbrado a gas.

En 1851, con motivo de la elección de don Manuel Montt a la presidencia de la República, siendo Blanco Intendente de Valparaíso supo mantener el orden en medio de las agitadas pasiones políticas. Terminada la elección, Blanco renunció al cargo, pero, poco después del levantamiento en el norte, el Presidente Montt le exigió que continuase en su puesto, desde el que sofocó toda clase de motines y disturbios. Ahogada la revolución, Blanco siguió en sus obras de bien público y el 1º de octubre de 1852 colocó la primera piedra del ferrocarril de Valparaíso a Santiago.

Luego, el 27 de enero de 1853, fue designado Ministro de Chile en Francia y allí en París representó brillantemente a Chile con su gran cultura y talento. Fue un gran embajador y descolló por su excelente labor diplomática. Fue el padrino de bautizo de la corbeta "Esmeralda", que se llenó de gloria más tarde en 1879. En 1858 regresó al país y pronto fue nombrado Senador

En 1864, ante la agresión española en las islas Chíncha, en el Perú, Blanco Encalada presidió la instalación de la Sociedad Unión Americana, orientada a protestar por los propósitos reivindicacionistas españoles en América.

Ofreció sus servicios como marino al gobierno cuando sobrevino la guerra con España, aun cuando los años ya no podían exigirle mayores sacrificios al viejo soldado de la Independencia. Sin embargo, cuando se presentó un problema de mando, con la llegada tan esperada del "Huáscar" y la "Independencia" a Ancud, el gobierno de Pérez, el 23 de abril de 1866 lo nombró, en conformidad con el Tratado de Alianza celebrado entre el

gobierno del Perú y el de Chile, Comandante en Jefe de la escuadra aliada, en reemplazo de Williams Rebolledo, y el 28 de mayo era saludada su insignia en Chiloé. Fue el último mando que tuvo en su vida, a los 76 años de edad.

De su hogar en Santiago hizo un centro de escogida reunión social. Allí concurrían los más prestigiosos personajes y vivió siempre rodeado de un ambiente de respeto y admiración. Una porfiada dolencia a la vejiga fue destruyendo lentamente su vigor, aún cuando conservó hasta el último la bizarría de su figura militar. Antes de morir, pidió que se le vistiera y se le sentara en el sillón favorito de su dormitorio. Así resistió serenamente una agonía de tres días y el 5 de septiembre de 1876 falleció, vestido, casi de pie, como soldado y como cristiano, en su casa de la calle Agustinas esquina de Morandé. Murió con la tranquilidad del héroe.

El 8 de octubre de 1917, en solemne ceremonia, se inauguraba en Valparaíso el monumento que la gratitud nacional erigía para perpetuar la memoria del insigne marino, militar, diplomático, primer Presidente de la República y jefe de la primera escuadra nacional, el benemérito prócer de la patria, vicealmirante don Manuel Blanco Encalada.

### Bibliografía:

- Enrique Villamil Concha — Revista Chilena de Historia y Geografía N<sup>os</sup>. 30 al 34 1919-1920.
- Homero Hurtado Larraín — Grandes Almirantes - Imprenta de la Armada 1935.
- Pedro Pablo Figueroa — Diccionario Biográfico 1900.
- Rodrigo Fuenzalida Bade — La Armada de Chile desde la Alborada al Sesquicentenario - Imprenta de la Armada 1975.

